

blea, la corte y los jacobinos; en la Asamblea, los lados derecho é izquierdo, partidos extremos y enemigos encarnizados: entre estos partidos existian otros dos, de los cuales el uno era fanático por las innovaciones, y el otro por resistirlas. Habia ademas otro partido intermedio, que se componia de los hombres de bien y amantes de la paz, que estaban afiliados en los otros dos, de que acabamos de hablar. Su fé politica, indecisa entre la revolucion y la conservacion, habria querido que la una conquistase sin violencia, y que la otra cediese sin darse por resentida. Estos hombres, eran los verdaderos filósofos de la revolucion; pero la época de la filosofía habia pasado, y habia sonado ya la hora de la victoria. Las dos ideas en presencia una de otra para disputarse el campo, necesitaban campeones y no jueces, y aplastaban á estos hombres al chocar entre sí. Vamos ahora á hacer conocer los principales geñes de todos los partidos, antes que los veamos obrar.

Luis XVI tenia entonces treinta y siete años: su fisonomía, la de todos los Borbones, si bien sus facciones eran mas abultadas por la sangre alemana que habia recibido de su madre, princesa de la casa de Sajonia. Tenia ojos azules y rasgados, no tan vivos como claros y hermosos. Su frente, ovalada y espaciosa, la nariz entre romana y aguileña, y una boca graciosa, á la que daba cierta expresion la encantadora sonrisa de sus bien cortados labios. Su cutis fino, y de hermoso color aunque un tanto desmazalado. Grueso de cuerpo y de no muy elevada estatura, de actitud tímida y paso incierto, le hacia notable estando parado, un inquieto balanceo del cuerpo, que apoyado alternativamente sobre ambas caderas, bien fuese por haber contraído este hábito por la impaciencia que domina á los principes en las largas audiencias, ó bien por cualquiera otra causa, indicaba esteriormente la fluctuacion continua de su ánimo indeciso é irresoluto. Descubriase en su semblante una expresion de bondad,

que no siempre conviene á los reyes, que predisponia tanto á la burla como á la veneracion y de la cual supieron valerse sus enemigos con una habilidad impia, para hacer ver al pueblo en la fisonomía del monarca, el simbolo de los vicios, que querian achacar á la dignidad de que estaba revestido. En resúmen, la persona de Luis XVI ofrecia bastante semejanza con la fisonomía imperial de los últimos Césares en la época de la decadencia de las cosas y de las razas. A la dulzura de Antonio, reunia la obesidad de Vespasiano: hé aqui el hombre.

X.

Este jóven príncipe se habia educado en una separacion completa de la corte de su abuelo, de suerte que la atmósfera pestífera que habia infestado todo el siglo de Luis XV no habia emponzoñado con sus venenosos hálitos al heredero de la corona. Entanto que Luis XV hacia de su corte un centro de prostitucion y envilecimiento, su nieto recibia una educacion esmerada en un rincón del palacio de Meudon, en donde maestros ilustrados y piadosos, le imbuian el respeto que se debia á sí propio por su elevada gerarquía, un saludable terror al trono, y un amor religioso y tierno hácia el pueblo que estaba destinado á mandar. Parecia que el alma de Fenelon, atravesando dos generaciones de reyes, se habia trasladado al palacio en que habia educado al duque de Borgoña, con el solo objeto de inspirar las mismas máximas á su jóven descendiente. El inmediato sucesor del monarca mas disoluto que haya tenido la Francia, era quizá lo mas puro que habia en toda la nacion, y si el siglo no hubiese sido tan corrompido como el rey, hubiera vuelto sus miradas hácia el nuevo vástago, y le hubiera ofrecido el tributo de su amor. Pero la corrupcion habia llegado á tal extremo que

la pureza no era mas que un objeto de irrisión y el pudor no infundía sino el mas alto desprecio hácia el hombre que estaba adornado de esta virtud.

Casado Luis á la edad de diez y seis años con una hija de María Teresa de Austria, habia continuado hasta su advenimiento al trono en una vida aislada, tranquila y estudiosa. La Europa se hallaba aletargada en una paz vergonzosa, y la guerra, que es el ejercicio de los príncipes no habia podido poner al jóven rey, en contacto con los hombres, ni aleccionarle en el difícil arte de mandar. Los campos de batalla, que son el teatro de estos grandes actores, no le habian proporcionado ocasion de ponerse en evidencia ante su pueblo, ni de desplegar esos conocimientos estratégicos, tan necesarios sobre todo á un rey de Francia, nacion belicosa y capaz de perdonar los mayores defectos en sus príncipes, con tal que se hallen adornados de esas dotes militares que el francés venera como una deidad. Ningun prestigio habia en el nuevo rey, á escepcion del que le daba su escelso origen, y toda su popularidad la debia al horror con que habia sido mirado su abuelo. Luis XVI tuvo la estimacion de su pueblo, pero nunca pudo contar con su favor. Probo é instruido habia llamado á su lado la ilustracion y la probidad personificadas en Mr. de Turgot, y aunque Luis tenia el sentimiento filosófico de la necesidad de las reformas, y su alma era la mas á propósito para llevarla á cabo, carecia del genio y de la audacia que se necesitan para conseguirlo. Sus hombres de estado, no mas hábiles que él en esta materia, suscitaban infinidad de cuestiones sin resolver ninguna, y de este modo iban amontonando sobre sus cabezas los densos y negros nubarrones que mas tarde debian descargar sobre ellas. De Mr. de Maurepas á Mr. Turgot, de éste á Calonne, de Calonne á Necker y de Necker á Malesherbes pasaban los destinos de la nacion desde las manos de un intrigante á las de un hombre honrado, de las de éste á las de un ban-

quero, y de las del hombre de la bolsa y de los agios, á las de un filósofo, reemplazando muy mal el espíritu sistemático y de charlatanismo al verdadero espíritu de gobierno. Dios, que habia concedido á la Francia tantos hombres de movimiento en esta época, la habia negado un hombre de estado, y todo se volvia promesas y engaños. La córte se quejaba, la nacion empezaba á tascar el freno con impaciencia, y las oscilaciones populares presentaban todos los sintomas de una convulsion espantosa. La Asamblea de los notables, la convocacion de los Estados generales y la Asamblea nacional, todo habia fracasado en las manos inespertas del rey, naciendo de sus buenas intenciones una revolucion, mas ardiente y furiosa que la que hubieran podido producir sus vicios y aun sus crímenes, caso que hubiese sido capaz de cometerlos. En la época de que estamos tratando, se hallaba el rey con la revolucion fraccionada y pronta á combatir frente á frente en la Asamblea nacional, y sin un hombre en su consejo que fuese capaz de resistirla, ni aun de comprenderla. Los espíritus verdaderamente fuertes preferian ser ministros populares de la nacion, á servir de escudos en donde se embotasen los dardos que se asestaban contra el rey, en el momento de que hablamos.

XI.

Mr. de Montmorin era adicto al rey, pero no tenia crédito en la nacion. El ministerio ni tenia la iniciativa, ni sabia resistir: la iniciativa era de los jacobinos y el poder ejecutivo residia en las turbas amotinadas. El rey se habia quedado sin órganos por donde transmitir al pueblo su voluntad, y desposeido de sus atribuciones, y sin fuerzas con que poder contar, pesaba sobre él solo toda la odiosa responsabilidad de la anarquía. Todos los par-

tidos le habian elegido por blanco, adonde dirigian los tiros del odio y del furor popular, y solo tenia el funesto privilegio de que recayesen sobre él las acusaciones y acriminaciones de todos. Mientras Mirabeau, Barnave, Petion, Lameth, y Robespierre atacaban elocuentemente al trono desde la tribuna, multitud de libelos infames, y de periódicos sediciosos, le presentaban como un tirano mal encadenado que se embrutece entregándose al vino, que obedecia ciegamente los caprichos de una muger envilecida por la prostitucion, y que conspiraba desde un rincon de su palacio, en union de los enemigos de la patria. Lleno del siniestro presentimiento de una caída rápida y próxima, la virtud estóica de este principe era suficiente á la tranquilidad de su conciencia; pero no bastaba para hacerle tomar una resolucio que pudiera salvarle. Al salir del consejo de ministros donde desempeñaba lealmente las funciones constitucionales de su papel, buscaba inspiraciones saludables ya en la amistad de ciertos servidores, fieles adictos á su persona, ya en las conversaciones de sus mismos enemigos admitidos algunas veces furtivamente á sus mas íntimas confidencias. Sucedianse los consejos á los consejos en los oidos del principe, así como se sucedian sus resultados en los actos contradictorios que ejecutaba. Sus enemigos le sugerian concesiones prometiéndole en premio de ellas una popularidad que se le iba de las manos en cuanto aquellos querian entregársela. La corte le aconsejaba usar de una fuerza, que ella no tenia sino en sueños, la reina queria inspirarle el valor de que estaba dotada, los intrigantes querian que se valiese del soborno para atraer á sus enemigos, y los tímidos le suplicaban con las lágrimas en los ojos que buscarse la salvacion en la fuga. El rey adoptaba alternativamente todos estos medios, pero ninguno de ellos era ya eficaz, porque habia pasado el tiempo de tomar resoluciones útiles. La crisis era inevitable, y era preciso elegir entre la vida y el trono; tra-

tando de conservar estas dos cosas, era claro que tenia que perderlas ambas.

Cuando nos colocamos mentalmente en la posicion que ocupaba Luis XVI y nos preguntamos á nosotros mismos, por qué medios hubiera podido salvarse, buscamos inútilmente y no damos con ninguno que sea suficiente á conseguirlo. Hay ciertas circunstancias en la vida del hombre, que enredan de tal suerte la madeja del hilo de sus dias, que sea cual fuere la resolucio que tome para desenredarla, tiene que renunciar á ello y sucumbir, cediendo á la fatalidad del destino, que le arrastra á sufrir el castigo de sus faltas ó de sus virtudes. Luis se hallaba en este caso. Toda la impopularidad del trono en Francia, todas las faltas de las administraciones precedentes, todos los vicios de los reyes sus antecesores, todas las infamias de la corte, y todas las quejas de los pueblos, se habian aglomerado, por decirlo así, sobre su cabeza y habian marcado su inocente frente como un objeto de espiacion, á los males de muchos siglos. Las épocas tienen sus sacrificios como las religiones, y cuando quieren renovar una institucion que no les conviene amontonan sobre el hombre en quien esta institucion se halla personificada, todo cuanto tiene de odioso y vituperable, haciendo de él una víctima, que sacrifican á las exigencias del tiempo. Luis XVI era esta víctima inocente, cargada, sin embargo, con todas las iniquidades de los tronos, y que tenia que ser inmolada en castigo de los crímenes que no habia cometido Hé aqui el rey.

XII.

El carácter de la reina formaba un contraste singular con el de su esposo, y parecia criada por la naturaleza para inspirar el interés y la compasion de los siglos veni-

deros, por el papel que la tocó en uno de esos dramas de Estado, que son incompletos cuando no los desenlaza el infortunio de una muger. La hija de Maria Teresa habia nacido en la época borrascosa de la monarquía austriaca, y era hermana de aquel niño que la emperatriz llevaba de la mano, cuando se presentó en actitud suplicante ante sus fieles húngaros, obligando con esta accion á las tropas á que gritasen: «Muramos por nuestro rey, Maria Teresa.» Tambien su hija tenia corazon de rey... A su entrada en Francia, la deslumbró con su belleza, que entonces estaba en todo su esplendor. Era alta y de esbelto talle, como una verdadera hija del Tirol. Los dos hijos que tuvo lejos de ajar su beldad, habian contribuido á darla cierta espresion de magestad maternal, que sienta muy bien á la persona que es mirada como madre de todo un pueblo. El presentimiento de sus desgracias, el recuerdo de las trágicas escenas de Versalles, y las inquietudes cotidianas, habian marchitado un poco la frescura de su rostro que habia palidecido algun tanto. La dignidad natural de sus maneras, no quitaba nada á la gracia de sus movimientos, y su hermoso cuello, que se elevaba con elegancia sobre unos hombros tan hermosos como él, conservaba esas magnificas inflexiones que dan tanta espresion á la actitud de la persona. Adivinábase la muger bajo el exterior de la reina, y la ternura del corazon, bajo la magestad de la suerte. Sus largos cabellos eran rubios y sedosos, y su frente, elevada y un tanto saliente, iba á unirse con gracia á las sienas, formando un conjunto que manifestaba en lo exterior el gran fondo de su inteligencia. Sus ojos de un azul claro, recordaban el cielo del Norte, ó las aguas del Danubio, y su nariz aguileña con sus ventanillas, bien rasgadas y un poco abultadas, indicaba el valor de que estaba dotada. Tenia el rostro ovalado y su fisonomia era viva, espresiva y apasionada. A todos estos atractivos unia un alma sedienta de afecciones, un corazon fácil de conmoverse, y

una sonrisa entre bondadosa y altiva, capaz de captarle muchos amigos, sino hubiese estado llena de dignidad y no hubiese sido estraña á todo lo que huele á coquetismo, ó falta de decoro. Hé aqui el retrato de Maria Antonieta como muger.

XIII.

Esto bastaba para hacer feliz á un hombre y para ser el ornato de una córte; pero para inspirar á un rey irresoluto y salvar el Estado en las dificiles circunstancias que atravesaba, no era suficiente. Mucho hubiera convenido que la reina hubiese conocido el dificil arte de gobernar, pero por desgracia su inteligencia era nula en esta materia. Por otra parte, no podia tampoco estar preparada para dar direccion á las fuerzas desordenadas que se agitaban á su derredor; porque víctima de la desgracia desde poco despues de su enlace con el rey, no habia tenido tiempo de reflexionar en los medios de defensa. Acogida con entusiasmo por una córte pervertida y por una nacion fogosa, creyó sin duda que aquellos sentimientos hácia ella serian eternos; razon por la cual se adormeció en las delicias y disipaciones de Trianon.

Cierto es que Maria Antonieta habia percibido los primeros rugidos de la tempestad, pero no lo es menos, que no habia creído en el peligro, y que habia confiado en el amor que se la tenia, al que ella correspondia por su parte. La córte se habia hecho exigente, y la nacion se presentaba en ademan hostil. Instrumento esta desgraciada señora, de las intrigas de los cortesanos para influir en el ánimo del rey, habia favorecido al principio y combatido mas tarde todas las reformas que podian prevenir ó aplazar las crisis. Su política era una mania, y su sistema entregarse á discrecion en manos de todos cuantos la

prometian salvar al rey. El conde de Artois, príncipe jóven, y de maneras caballerescas, habia adquirido un gran ascendiente sobre su corazon, pero este príncipe confiaba en la nobleza, hablaba continuamente de su espada, y se burlaba de la crisis, despreciando altamente, todo aquel ruido de palabras, y formando cabalas contra los ministros que hacian imposible toda transaccion. Ebria la reina en las adulaciones de este consejero íntimo, inducia á su marido á recobrar hoy lo que habia dado ayer, y su mano se hacia conocer en todos los actos contradictorios del gobierno. Su cámara era el foco de una conspiracion permanente contra todo lo nuevo, de modo que la nacion llegó á notarlo y empezó á aborrecerla desde aquel instante. El pueblo la miró desde entonces como el principal agente de una contrarrevolucion inminente, y dispuesto á calumniar á todo lo que puede causarle temor, empezó á pintarla como una Mesalina, en odiosos é innumerables libelos. Mil rumores infames sobre su conducta privada circularon bien pronto de boca en boca, y se contaron de ella las mas escandalosas anédoctas. Con razon pudieron acusarla de ternura; de depravacion, jamás. Bella, jóven, y adorada, sino fué siempre insensible á los sentimientos que inspiraba, al menos, nunca dió el menor escándalo. El corazon de una muger, aunque esta muger sea una reina, es inviolable. Sus sentimientos no son del dominio de la historia, sino cuando se hacen públicos.

XIV.

Los sucesos del 5 y 6 de octubre, hicieron conocer á la reina, demasiado tarde ya, el odio que el pueblo la tenia, y el rencor se apoderó de ella sin duda. La emigracion empezó inmediatamente favorecida por la reina,

y todos sus amigos se trasladaron á Coblenta. Se la acusó de complicidad con ellos, y acusósele con razon. El rumor del establecimiento de un comité austriaco, muy acreditado entre el pueblo, no fué sino una patraña inventada contra Maria Antonieta, con el objeto de que la nacion pidiese su cabeza, como efectivamente lo hizo. Cuando un pueblo se subleva tiene precision de aborrecer á alguno; á la reina tocó por sus imprudencias, ser el blanco de este odio. Toda una nacion se declaró enemiga de una muger, y ésta en su altivez, creyó degradarse si la daba una satisfaccion, por lo cual no trató de desengañarla, ni hizo otra cosa que concentrarse en si misma aterrorizada. Confinada en las Tullerías no podía asomarse á sus ventanas, sin ser insultada, y cada ruido que oia en la ciudad, se la figuraba una nueva conmocion popular. Pasaba los dias en silenciosa tristeza y las noches en la mayor agitacion, sufriendo un martirio continuando por espacio de dos años. Este suplicio se hacia cada dia mas terrible para su amante corazon, al acordarse de sus dos hijos, y al presenciar las aflicciones y amarguras de un esposo, objeto tierno de todo su cariño. Su corte estaba desierta, y si á alguien veia en ella era ó unas autoridades sospechosas, ó los ministros que la habian impuesto, ó finalmente á Mr. de la Fayette, entre los cuales se veia obligada á componer su rostro, de modo que no se trasluciese por él, lo que interiormente sufría. Tras los dorados biombos de su cámara, se hallaba acechando el espíritu de delacion, y sus servidores mas inmediatos eran otros tantos espías, á los que era preciso engañar para poder desahogarse en el seno de los pocos amigos que aun permanecian fieles. Los consejeros íntimos iban á verla de noche, cuando ella les llamaba y subiendo por escaleras secretas y atravesando sombríos y lúgubres corredores, solia verificarse la entrevista en algun desván de palacio. Estas reuniones tenian todo el aspecto de una conjuracion, y la reina salia de ellas

acosada por mil pensamientos distintos. Entonces aedíaba el ánimo del rey, en cuya conducta se traslucía la incoherencia de una persona desesperada.

Cien planes se combinaban diariamente, pero todos se desechaban apenas se habían concebido. Medidas fuertes, soborno de la Asamblea, abandono sincero en la Constitución, resistencia, actitud recta, arrepentimiento, temporización, terror y fuga, de todo se trató, pero nada se llevó á cabo. Las mugeres, que son tan sublimes en su amor, raras veces están dotadas del espíritu de perseverancia y de imperturbabilidad que se requiere para llevar á cabo un plan político. Su política reside en el corazón, y su pasión está demasiado en contacto con su razón. De todas las virtudes necesarias al que está en el trono, no tienen sino el valor, y si muchas veces son unos héroes, es muy raro que sean nunca hombres de Estado. María Antonieta se hallaba en este caso. Dotada de mas talento, de mas alma, y mas carácter que el rey, le hizo mucho mal, porque su superioridad sobre él, le inspiró una confianza sin límites en sus funestos consejos. La reina fué á la vez, el encanto de su esposo, en medio de sus desgracias, y el genio de su perdición. Ella le condujo paso á paso hasta el cadalso, pero tambien supo acompañarle en él.

XV.

El lado derecho de la Asamblea nacional le componían los enemigos naturales del movimiento; el alto clero, y la nobleza. Sin embargo, no todos opinaban de un mismo modo con respecto á las innovaciones recientes. Las sediciones vienen del pueblo, las revoluciones reconocen un origen mas elevado; las primeras no son sino la manifestacion de las iras populares, las segundas son

las ideas de una época. Las ideas se engendran en la cabeza de la nacion, y la revolucion francesa era un pensamiento generoso de la aristocracia. El pueblo se habia apoderado de este pensamiento y habia hecho de él un arma terrible con que atacaba á la vez al trono, á la nobleza y á la religion. Lo que era filosofia en los salones se trasformaba en motin en las calles. Sin embargo, todas las principales familias del reino, habian tenido apóstoles de los primeros dogmas revolucionarios. Los Estados generales, antiguo teatro de la importancia y de los triunfos de la alta nobleza, habian tentado la ambicion de sus descendientes, y muchos de ellos se habian puesto á la cabeza de los nuevos reformadores. El espíritu de corporacion no habia sido suficiente para detenerlos en su marcha, cuando se habia tratado de reunirlos al estado llano. Montmorency, Noailles, Rochefoucauld, Clermont-Tonnerre, Lally-Tolendal, Virieu, Aiguillon, Lauzun, Montesquieu, Lameth, Mirabeau, el duque de Orleans, primer príncipe de la sangre, y hasta el mismo conde de Artois, hermano del rey, que despues se llamó Luis XVIII, todos estos grandes señores fueron de los primeros que dieron impulso á las mas osadas innovaciones. En cuanto estos teóricos de la revolucion especulativa, notaron que el torrente les arrebataba, trataron de volverse al punto de donde habian salido, y unos se colocaron de nuevo al lado del rey, otros emigraron al extranjero despues de los sucesos de octubre. Los mas firmes, permanecieron en su puesto en la Asamblea nacional, donde combatieron sin esperanza, aunque gloriosamente, por una causa perdida. Estos se esforzaron en vano, por mantener un poder monárquico, y abandonaron al pueblo sin disputárselos, los despojos de la nobleza y del clero. De este número fueron Cazalés, el abate Maury, Malouet y Clermont-Tonnerre, que eran los hombres mas notables del partido agonizante.

Clermont-Tonnerre y Malouet, eran mas bien hombres

de Estado que oradores, y sus palabras no impresionaban sino á la razon. Buscaban el equilibrio entre la libertad y la monarquía y creian haberlo hallado en el sistema representativo de Inglaterra, compuesto de las dos cámaras colegisladoras. Los moderados de ambos partidos les oían con respeto y como talentos de segundo orden, y políticos de medias tintas, no escitaban odio ni ira, pero los sucesos seguían el comenzado curso hacia otros resultados mas absolutos. Maury y Cazalés, menos filósofos que los anteriores, eran los atletas del lado derecho, y aunque distintos en carácter, su fuerza oratoria era casi igual. Acostumbrado Maury desde muy jóven á las luchas de la polémica sagrada, habia ensayado en el púlpito una elocuencia, que debia desarrollarse despues en la tribuna. Hijo de la clase mas ínfima del pueblo, no era adicto al antiguo régimen sino por el hábito que vestía, y defendía la religion y la monarquía como hubiera podido defender unas conclusiones teológicas. Su conviccion se reducía á desempeñar bien el papel que le habia tocado, y lo mismo hubiera desempeñado cualquier otro, es decir, con un valor admirable, y con la mayor nobleza. Educado en los estudios sérios y dotado de un language fecundo, vivo y colorido, sus discursos eran unos verdaderos tratados de las materias que se proponia dilucidar. Unico rival de Mirabeau le hubiera igualado si hubiera defendido una causa mas nacional, y el antiguo régimen no podia hallar otro hombre que supiese presentarlo bajo formas mas seductoras. La erudicion histórica y la sagrada prestaban materia á sus argumentos, y la osadía de su carácter y de su estilo le inspiraban palabras, que vengan hasta de las mayores derrotas. Su hermosa figura, su sonora voz, sus imperiosos ademanes, y la risueña indiferencia con que desafiaba á las tribunas, arrancaban á menudo aplausos, hasta de sus mismos enemigos. Persuadido el pueblo de que era invencible, se divertía con aquella resistencia impotente, y gozaba

viéndole combatir, por la seguridad que tenia de que su ruina era inevitable. La gran contra que tenia Maury era la ninguna autoridad moral de su palabra, pues ni su nacimiento, ni su fé, ni sus costumbres eran capaces de infundir respeto á sus oyentes. Quítese al abate Maury el traje clerical, y se le verá sentarse sin violencia en el lado opuesto, entre los innovadores. Semejantes oradores son la gala de un partido, pero nunca le salvan.

XVI.

Cazalés era uno de esos hombres que no saben lo que valen hasta que las circunstancias les descubren que tienen talento, imponiéndoles un deber que cumplir. Simple oficial confundido entre los demas, en las filas del ejército, la casualidad que le condujo á la tribuna, le descubrió que era un orador. Al presentarse en la Asamblea no eligió la causa que debia defender. Como noble, defendió la nobleza; como realista, al rey; como vasallo, el trono. Su posicion hizo su doctrina, y entró en la Asamblea acompañado del carácter y virtudes propias del uniforme que vestía. En él, la palabra no fué sino una espada mas, y esta la ofreció con una abnegacion enteramente caballeresca, á la causa de la monarquía. Su fé monárquica no la constituía, sin embargo, un fanatismo ciego por lo pasado; admitia todas las modificaciones que el rey habia admitido, con tal que fuesen compatibles con la inviolabilidad del trono, y con la accion del poder ejecutivo. Mirabeau y Cazalés no estaban muy distantes en política respecto al dogma; una distancia inmensa les separaba, respecto á los medios: el uno queria la libertad como aristócrata, el otro como demócrata. El primero se habia lanzado en los brazos del pueblo, el segundo, se aferraba á las gradas del solio. El carácter de

la elocuencia de Cazalés era el que da una causa desesperada. Protestaba en vez de discutir, y oponía á los triunfos violentos del lado izquierdo, retos irónicos, y repriminaciones amargas, que subyugaban por un momento la imaginación, pero que no producian jamás la victoria. La nobleza le debió el caer con gloria, y el trono con magestad, de suerte, que su elocuencia participó algo del heroísmo.

Detrás de estos hombres no se descubria otra cosa sino el partido resentido de su adversa fortuna, desalentado por el aislamiento á que se veia reducido, odioso al pueblo, y completamente inútil al trono; partido que no vivía sino de ilusiones, y que no conservaba otra cosa de su abatido poder que el resentimiento de la injuria recibida, y la insolencia que va en aumento cada dia, cuando se sufren nuevas humillaciones. Las esperanzas de este partido, no se cifraban ya mas que en la intervencion armada de las potencias estrangeras. Luis XVI no era, segun su modo de ver, sino un rey prisionero, que la Europa se apresuraria á sacar del cautiverio. Para los hombres del lado derecho, el patriotismo y el honor residian en Coblenza. Vencidos por el número, sin ninguno de aquellos gefes hábiles que saben inmortalizarse en las retiradas, sin fuerzas para luchar contra el espíritu de la época y negándose á toda transaccion, estos hombres no podían apelar sino á la venganza. Su política no era otra cosa que una imprecacion.

Acababa el lado izquierdo de perder su gefe y su regulador al perder á Mirabeau; muerto este hombre nacional, no le quedaban sino hombres de partido. Los principales eran Barnave y los dos hermanos Lameth. Humillados estos por el ascendiente que Mirabeau habia ejercido sobre ellos, habian tratado mucho antes de la muerte de aquel, de neutralizar la supremacia de su talento, con doctrinas y discursos exagerados. Mirabeau en el apóstol de la revolucion, los otros habian querido ser

los facciosos de la época. Persuadidos de su mérito personal, habian creído eclipsar los talentos de aquel grande hombre con la superioridad de su popularidad. Las medianías creen igualarse con los genios traspasando la valla de la razon. En el lado izquierdo se habia efectuado una escision, y treinta ó cuarenta de sus individuos seguian las inspiraciones de Barnave y de los Lameth. El club de los *amigos de la constitucion*, convertido en club de los jacobinos, era su eco fuera de la Asamblea. La agitacion popular, sostenida por ellos, era refrenada por Mirabeau, que reunía en su contra la izquierda, el centro y todos los hombres racionales del lado derecho. Conspiraban á pesar de todo, intrigaban y fomentaban las divisiones intestinas y exteriores, en vez de gobernar, pero hasta la muerte de Mirabeau, no quedaron dueños absolutos del campo.

Los Lameth, hombres de córte y educados por la munificencia de la familia real, colmados de favores y de pensiones, por el mismo rey, eran unos viles é ingratos que ni siquiera tenian la excusa, como Mirabeau, de haber recibido agravios de la monarquía. Esta defeccion escandalosa y criminal, era, sin embargo, su mas bello título al favor del pueblo. Hombres hábiles llevaban la ventaja al declararse por la revolucion, de conocer los manejos de la córte en que habian sido criados. El amor que profesaban á la revolucion era no obstante desinteresado y sincero, pero su distinguido talento, no igualaba con mucho á su ambicion. Confundidos por Mirabeau en todas ocasiones, amotinaban contra él á todos los que como á ellos, hacia sombra aquel talento privilegiado. Por mas que buscasen un rival que oponerle, no dieron sino con envidiosos, que no podian competir con él. Barnave se presentó á la sazón, é inmediatamente le rodearon, le aplaudieron, y le dieron por decirlo así su propia importancia: Por un momento lograron persuadirle, que la política consistia en bellas frases, y que

bastaba ser buen retórico , para ser hombre de Estado.

Mirabeau fué bastante grande , para no temerle , y asaz prudente para no despreciarle. Barnave, jóven abogado del Delfinado, habia empezado á darse á conocer en los conflictos entre el parlamento y el trono, que habian agitado su provincia, y habia dado muestras de su elocuencia en el foro. A la edad de treinta años fué enviado á los Estados generales con Monnier, su patrono y maestro , pero bien pronto abandonó á éste , y desertó del partido monárquico para afiliarse en el de la democracia. Una palabra fatídica, salida de sus labios, pero que no emanaba directamente del corazon, pesaba cual agudo remordimiento sobre su conciencia. «¿Tan pura es la sangre que se ha derramado?» exclamó al saber el primer asesinato cometido por la revolucion. Estas palabras habian impreso en su frente el signo de los facciosos, sin embargo, no lo era, ó al menos no lo era sino en cuanto le convenia serlo , para el buen éxito de sus discursos. Exaltado como orador estaba muy lejos de serlo como hombre y mucho mas distante aun de ser cruel. Estudioso sin método , fecundo sin energía, no pasaba de ser una inteligencia mediana dotada de un alma honrada y de un corazon recto, á lo que añadía una voluntad vacilante. Su talento , malamente comparado con el de Mirabeau, consistia en el arte de encadenar con habilidad las consideraciones mas vulgares, y aunque el hábito de hablar en los tribunales le daba una superioridad aparente en la improvisacion, desvaneciase esta en el momento en que se reflexionaba sobre lo que habia dicho. Los enemigos de Mirabeau, le habian colocado sobre un pedestal muy elevado , por el ódio que profesaban á aquel, y le habian engrandecido sin otro objeto que el de ponerle en parangon con él. En cuanto quedó reducido á su verdadera estatura, se reconoció la inmensa distancia que mediaba entre el hombre de la nacion y el del foro. Barnave tuvo la desgracia de ser el grande

hombre de un partido medio, y el héroe de un partido envidioso. Era digno de mejor suerte , y mas tarde la consiguió.

XVII.

Colocado en la penumbra, y medio oculto todavía detrás de los gefes de la Asamblea nacional, empezaba á agitarse un hombre casi desconocido, instigado por un pensamiento que le prohibia el reposo y el descanso. En todas ocasiones trataba este hombre de hacer uso de la palabra y se atrevía á medir sus fuerzas con todos los oradores, hasta con el mismo Mirabeau. Precipitado de la tribuna, volvía á ocuparla con fé viva al dia siguiente, y bajaba de ella humillado por los sarcasmos , sofocado por los murmullos, y acosado por todos los partidos que en medio de tantos grandes atletas, apenas se dignaban fijar en él la atencion. A pesar de esto, por mas que siempre quedase derrotado, nunca se lograba cansarlo. No parecia sino que un genio amigo y profético, le revelará de antemano la vanidad de todos aquellos talentos, la omnipotencia de la voluntad y de la constancia; y que una voz que solo él oia , clamaba en el fondo de su alma diciéndole: Esos hombres que te desprecian son tuyos: tendrás en tus manos todos los cabos de esa revolucion , que ahora no quiere hacer caso de tí, y que siempre tropezará contigo en su camino , porque tú seras el obstáculo inevitable á donde irá á chocar ese movimiento de impulsiones. Este hombre era Robespierre.

Hay abismos que nadie se atreve á sondear , y caracteres en que nadie trata de penetrar por no dar con horrores que le hagan retroceder asustado, al descubrirlo; pero la mirada de la historia es impasible como la del tiempo , y no puede detenerse ante este terror por-

que está obligada á comprender todo lo que ha de contar.

Maximiliano Robespierre nació en Arras, de una familia pobre, honrada y considerada en el país. Su padre era oriundo de Inglaterra, y con esto se explica esa especie de puritanismo del hijo. El obispo de Arras le había hecho educar á sus espensas, y el jóven Maximiliano se distinguía en el colegio de Luis el Grande entre todos sus compañeros, por su constante aplicacion, y por la austeridad de sus costumbres.

Muy aficionado á escribir cartas, pasaba el tiempo entre esta ocupacion y las tareas del bufete. La filosofia de Juan Jacobo Rousseau se habia infiltrado en su corazon y era su único dogma, su fé, su fanatismo. En el alma fuerte de un sectario, pronto se convierte en secta cualquiera conviccion. Robespierre era el Calvino de la política y maduraba en medio de la oscuridad, el pensamiento confuso de la renovacion del mundo social y religioso, sueño dorado de su imaginacion, cuando era mas jóven. La revolucion vino á ofrecerle lo que el destino ofrece siempre á los que espian su marcha; la ocasion: aprovechóse de ella, y fué nombrado diputado del estado llano en los Estados generales.

Quizá fué el único entre todos sus compañeros que previó el desenlace de aquel drama inmenso, cuya primera escena se habia abierto en Versalles. Asi como los filósofos ignoran el sitio en donde reside nuestra alma, asi muchas veces sucede que el individuo mas oscuro posee el pensamiento de todo un pueblo. A nadie debe despreciarse por su esterior, porque el dedo de Dios marca al hombre en el alma y no en la frente, nada habia en la cuna, en el talento ni en la fisonomia de Robespierre que fuese digno de llamar la atencion, sin embargo, este hombre era la última palabra de la revolucion, pero nadie podia leerla.

Era Robespierre de baja estatura, delgado de miembros, de andar tardo, y afectadas maneras, y sin gracia

ninguna en sus movimientos. Su voz agria, y desagradable, buscaba en vano inflexiones oratorias, y no producía sino sonidos monótonos. Su frente era hermosa aunque pequeña, pero muy saliente en la parte superior, como si indicase que la masa y el torpe movimiento de sus pensamientos, la habian ensanchado mas de lo natural por aquella parte. Sus ojos muy velados por los parpados y bastante rasgados, estaban muy hundidos en las cavidades de sus órbitas, y lanzaban un resplandor semejante al reflejo del acero iluminado por los rayos solares; tenia la nariz pequeña y arremangada, la boca grande y unos labios muy delgados y contraídos hácia los extremos, de un modo repugnante. Su barba era pequeña y puntiaguda, y el color de su rostro pálido como el del hombre gastado por los vicios, ó consumido por la meditacion y por las vigiliás.

La expresion habitual de su rostro consistía en una serenidad superficial, sobre un fondo grave y en una sonrisa indecisa entre sarcástica y graciosa. Dominaba en el conjunto de su fisonomia una prodigiosa y no interrumpida tension de todas sus facciones, que indicaba al hombre observador que todos los esfuerzos de su alma, convergían hácia un punto único y determinado, con tal fuerza de voluntad y con una conviccion tan íntima de que llegaría á obtener el fin que se habia propuesto, que parecia que estaba pasando á su vista lo que aun habia de tardar mucho tiempo en efectuarse.

Tal era el hombre que debia absorber en sí á todos los demas, sacrificándolos despues de haberse servido de ellos como instrumentos. No pertenecía á ningun partido determinado, pero marchaba con todos los que alternativamente servían á su bello ideal de la revolucion. En esto consistía su verdadera fuerza, porque los partidos se veían obligados á detenerse, y él continuaba siempre marchando hácia adelante, en direccion de su objeto que era uno nuevo en cada movimiento revolucionario, sin

retroceder jamás, ni desviarse á este ni al otro lado. Diezmada la revolucion en su carrera forzosamente tenia que resumirse en una última espresion, y Robespierre confiaba en que esta última espresion seria él. Hé aqui la razon de que trabajase con tanto ardor y eficacia por conseguirlo. El dia de su sueño dorado, estaba aun muy distante.

XVIII.

Robespierre se habia unido muchas veces á Dupont, á Barnave y á los dos Lameth, para combatir á Mirabeau, pero empezó á volverles la espalda desde que dominaron la Asamblea. Unióse entonces á Petion y á algunos otros hombres oscuros, formando con ellos un pequeño partido de oposicion radicalmente democrática que envalentonaba á los jacobinos, y amenazaba á Barnave y los Lameth cuando intentaban detenerse en su marcha. Petion y Robespierre en el congreso y Brisot y Danton en el club, formaban el gérmen de este nuevo partido que estaba destinado á acelerar el movimiento y á convertirle muy en breve, en una continuada y sangrienta catástrofe.

El objeto de Petion era adquirir popularidad, y lo consiguió antes que Robespierre. Abogado de escaso talento, pero íntegro, consistia toda su filosofia en saber algunos cuantos sofismas del *Contrato social*. Joven, hermoso y patriota, estuvo destinado á ser uno de esos ídolos complacientes de los que hace el pueblo lo que quiere, aunque nunca logra hacerlos hombres. El ascendiente que tenia en las calles y entre los jacobinos le daba cierta autoridad en la Asamblea, donde se le escuchaba como al eco significativo de la voluntad del pueblo. Hasta el mismo Robespierre afectaba tenerle respeto.

XIX.

La Constitucion estaba concluida, y la autoridad real no existia sino en el nombre. El rey no era sino el ejecutor de las órdenes de la representacion nacional, y sus ministros, los rehenes responsables que conservaba la Asamblea. Los vicios de la nueva Constitucion eran conocidos antes de verla terminada, porque votada en medio de las iras de los partidos en vez de ser un código, no era sino una venganza del pueblo contra la monarquía, que habia quedado en pie para ser sustituida por una institucion única, que se establecia en todas partes y que nadie se atrevia aun á nombrar. El pueblo y los partidos temblaban abrir un abismo al derribar el trono, en donde se precipitasen sin esperanza, y habian convenido tácitamente en respetar su sombra, ultrajando y humillando cada vez mas, al desgraciado monarca que lo ocupaba. Las cosas habian llegado á tal extremo que no podian tener otro desenlace que la mas completa ruina. Un ejército indisciplinado, era otro elemento mas, en favor de la fermentacion popular. Los oficiales emigraban en masa, y los sargentos, afiliados todos en el club de los jacobinos, les reemplazaban, imbuyendo las máximas democráticas en el ánimo de los soldados, convertidos por este medio, en instrumentos de anarquía y en cómplices de los sediciosos. El pueblo famético, devoraba la presa que le habian arrojado, que consistia en los desechos de los señores y en los diezmos del clero, y temeroso de que le arrancasen lo que habia pillado soñaba en conspiraciones que prevenia cubriéndose de crímenes. La libertad que se le habia dado sin prepararle de antemano á recibirla, le ponía en continua agitacion febril sin fortificarle, y con todos los vicios de los libertos, no tenia ninguna de las virtudes de los hombres libres.

La anarquía mas espantosa gobernaba la nacion y para que tuviese quien la gobernase á ella, se habian creado un gobierno en otros tantos clubs, cuantas ciudades y pueblos de nota habia en el reino.

El dominante y el verdadero punto céntrico de la anarquía era el de los jacobinos. Cuando una voluntad poderosa y apasionada, conmueve una nacion, esta voluntad comun, reúne á los hombres, cesa el individualismo, y la asociacion legal ó ilegal organiza los sentimientos públicos. De este modo, habian nacido las sociedades populares. A las primeras amenazas de la córte contra los Estados generales, unos cuantos diputados bretones se reunieron en Versalles, y formaron una sociedad para estar al corriente de las intrigas de la córte y asegurar el triunfo de la libertad. Sus fundadores fueron Sieyes, Chapelier, Barnave y Lameth. Trasladado el club á París, despues de las jornadas del 5 y 6 de octubre adoptó el significativo nombre de *Sociedad de amigos de la Constitucion*, y se instaló en el antiguo convento de los Dominicos, inmediato al sitio donde celebraba sus sesiones la Asamblea. Los diputados que habian fundado el club solo para ellos, abrieron pronto sus puertas á los periodistas y escritores revolucionarios, y últimamente á todos los ciudadanos. Para ser admitido en el club, bastaba que dos miembros de la sociedad presentasen al candidato, sobre cuya moralidad se adquirian informes allí mismo en votacion pública. El pueblo entraba tambien á las sesiones con una tarjeta que examinaban los censores. Celebrábanse estas reuniones, con toda la formalidad de las asambleas deliberantes, puesto que habia en ellas, presidente, secretarios, tribuna y órden del dia, y hasta tenian oficinas, reglamento, y todas las demas cosas que se hallaban en las otras. En una palabra, eran unas asambleas deliberantes, sin ninguna responsabilidad y sin que hubiese mediado eleccion para ser miembro de ellas. La pasion del momento era la única que

mandaba aquella tumultuosa reunion, que en vez de hacer leyes, predisponia el ánimo del público segun convenia á sus intereses.

Las sesiones eran de noche, para que el pueblo no tuviese que abandonar sus faenas por asistir á ellas, y servian de testo á sus discusiones, los actos de la Asamblea nacional, los sucesos del momento, las cuestiones sociales, ó las acusaciones contra el rey y sus ministros. Las pasiones que se trataba de imbuir en el pueblo con preferencia, eran la del odio y la venganza, y convencido aquel de que tanto el rey y la reina, como las autoridades y aun las potencias extranjeras, conspiraban contra él, se arrojaba desesperado y confiado al mismo tiempo, en brazos de los que miraba como sus defensores. El mas elocuente para él, era el que sabia infundirle mas temor y como tenia sed de denunciaciones se le prodigaban por tenerle contento. Por este medio adquirieron su dominio sobre el pueblo Barnave y los Lameth y mas tarde Danton, Marat, Brissot, Camilo Desmoulins, Petion y Robespierre. Estos nombres habian ido creciendo con las iras populares y ellos trataban de sostenerlas por no perder el prestigio que tan vilmente habian adquirido. Las sesiones nocturnas de los Dominicos y de los Franciscanos, ahogaban frecuentemente el eco de la Asamblea nacional, y la minoría derrotada en el Congreso, acudia á protestar y aun á amenazar en los Jacobinos.

El mismo Mirabeau habia sido acusado allí por Lameth, con motivo de la ley que habia propuesto sobre la emigracion, y pocos dias antes de su muerte, habia tenido que comparecer á oír las invectivas de su denunciador, aunque desdenó justificarse. Los clubs eran la fuerza exterior en que se apoyaban los exaltados de la Asamblea nacional para intimidarla. Esta no tenia otro apoyo que las leyes, el club, contaba con el pueblo, con las asonadas, y hasta con el ejército.

Organizada la opinion pública, su asociacion permanente en todos los puntos del reino, daba una sacudida eléctrica, á la cual no era posible resistir. Las mociones que se hacian en París, corrian con la velocidad del rayo de club en club, hasta las provincias mas distantes, y una misma chispa era suficiente para incendiar á la vez muchos millones de almas, en las que ardía el fuego de una misma pasion. Todas las sociedades se correspondian entre si, y estaban en correspondencia, con la sociedad matriz. Aquel gobierno, era el de las facciones, que habia enredado en sus lazos al gobierno legal, pero la ley habia enmudecido y perdido su fuerza y la faccion era vigorosa y elocuente.

Trasladémonos mentalmente á una de aquellas sesiones borrascosas de la época, y veremos cosas que nos parecerian imposibles á no haberlas presenciado, ó al menos, hablado y tratado á muchos de los que las presenciaron. El lugar de la reunion es un templo de donde Dios ha sido arrojado con escarnio, y en el que no se halla otro vestigio del antiguo culto, que algunas pinturas sagradas que hay en las paredes, desnudas por otra parte de todo adorno. Una tribuna, ocupa al sitio en donde estaba el tabernáculo no hace mucho tiempo, y multitud de bancos, muchos de ellos aun, con el emblema de la comunidad ó cofradia á que pertenecieron sirven para que el público se siente. La tribuna se halla rodeada por ciertos oradores queridos del pueblo, que están impacientes por subir á ella cuanto antes; un corto número de luces llevadas allí por los mismos asociados, iluminan imperfectamente aquel recinto, y su resplandor no sirve sino á hacer mas perceptible la oscuridad. El auditorio lo componen hombres de todas las clases y condiciones, y no faltan tambien algunas mugeres entusiastas por el

nuevo orden de cosas, que acuden allí con sus pequeños, para que mamen la leche de la revolucion, mezclada con la de sus pechos. Esta turba fanática é ignorante, que prorumpen en aullidos y silbidos estrepitosos cuando las ideas del orador no están en armonía con las suyas, al terminarse las sesiones, entona himnos patrióticos, canta canciones demagógicas, pasea en triunfo los bustos de los grandes republicanos, y arrastra por los suelos los simbolos de la religion, ó de la dignidad real, para quemarlos despues en medio de los mas feroces aullidos. ¡Qué pueblo por pacífico que fuese, hubiera resistido á esa fiebre espantosa, cuyos accesos eran diarios y cada vez mas fuertes desde fines del año 1790, en todas las ciudades del reino! Este régimen de fanatismo era el precursor de el del terror. Esta era la organizacion del club de los jacobinos.

XXI.

El club de los franciscanos escedia aun al de los jacobinos en turbulencia y demagogia. Danton y Marat eran sus corifeos.

Los constitucionales moderados, habian tratado, y aun empezaron á reunirse, pero falta siempre energia en las sociedades que están meramente á la defensiva, asi como las que toman la ofensiva, logran agrupar las facciones en torno suyo. Esta fué la causa de que aquellas reuniones se disolviesen por su propia virtud, hasta el establecimiento del club de los Fuldenses. El pueblo dispersó á pedradas á los primeros que acudieron a casa de Mr. de Clermont-Tonnerre, y Barnave insultó en la tribuna á sus colegas, denunciándolos á la execracion pública, con el mismo acento con que habia escitado y reunido á los amigos de la *Constitucion*. La libertad no era todavia sino un arma parcial que cualquiera quebraba sin pudor en el pecho de su enemigo.